# Domingo 23º del Tiempo Ordinario - Ciclo C

### 

### Lectura del libro de la Sabiduría (9,13-18): ¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere? Los pensamientos de los mortales son mezquinos, y nuestros razonamientos son falibles; porque el cuerpo mortal es lastre del alma, y la tienda terrestre abruma la mente que medita. Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: pues, ¿quién rastreará las cosas del cielo? ¿Quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría, enviando tu santo espíritu desde él cielo? Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres, los hombres aprendieron lo que te agrada, y la sabiduría los salvó.

**Salmo 89  
  
R/.** *Señor, tú has sido nuestro refugio   
de generación en generación*  
  
Tú reduces el hombre a polvo,  
diciendo: «Retornad, hijos de Adán.»  
Mil años en tu presencia   
son un ayer, que pasó;  
una vela nocturna. **R/.**  
  
Los siembras año por año,  
como hierba que se renueva:  
que florece y se renueva por la mañana,  
y por la tarde la siegan y se seca. **R/.**  
  
Enséñanos a calcular nuestros años,  
para que adquiramos un corazón sensato.  
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?  
Ten compasión de tus siervos. **R/.**  
  
Por la mañana sácianos de tu misericordia,  
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.  
Baje a nosotros la bondad del Señor  
y haga prósperas las obras de nuestras manos. **R/.**

### Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Filemón (9b-10.12-17): Yo, Pablo, anciano y prisionero por Cristo Jesús, te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión; te lo envió como algo de mis entrañas. Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en tu lugar, en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo; así me harás este favor, no a la fuerza, sino con libertad. Quizá se apartó de ti para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido. Si yo lo quiero tanto, cuánto más lo has de querer tú, como hombre y como cristiano. Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí mismo.

**Lectura del santo evangelio según san Lucas (14,25-33):**  
  
En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: «Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: "Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar." ¿O que rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.»

HOMILIA Domingo 23 C

1.- “Mucha gente acompañaba a Jesús y él les dijo: *“Quien no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”.* De un santo fraile del siglo XVII que se tomó al pie de la letra el texto, leemos: “asiduo a los ayunos y penitencias, se excedía igualmente en la oración, de tal manera que apenas tenía trato con los hermanos. Sin embargo, algunos lo sorprendieron en su celda cantando acompañado por el sonido de la vihuela que siempre llevaba consigo”. Parece que el cronista identifica como santidad lo primero, es decir los ayunos, y como imperfección lo segundo, es decir los cantos. Esto es una herencia de aquel dualismo griego, que tanto marcaron el cristianismo en tiempos pasados. Se entendía el hombre como un compuesto de cuerpo y alma y todo aquello que contribuyera a rebajar el cuerpo tratando de liberar el espíritu, era considerado virtuoso. Sin embargo las cosas no son así. Cuando Dios se hizo hombre santificó todo nuestro ser: cuerpo y espíritu.

2.- Por esto la enseñanza de Jesús: *“Quien no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”,* hemos de asimilarlo dentro de un marco plenamente humano. No somos ni ángeles disminuidos ni animales promovidos, como apunta un autor. Somos sencillamente seres humanos. Parar ser discípulos suyos el Señor nos presenta tres etapas: En primer lugar, tomar la cruz. Los rabinos judíos nunca se refirieron de manera figurada a este "tormento tan cruel", que los fenicios inventaron y adoptaron más tarde muchos pueblos. Fue original de Jesús la comparación de la cruz con nuestro deber diario, que, en ciertas circunstancias, pesa enormemente. Es la cruz de cada día decimos. Las cruces no nos las pone Dios, nos las ponemos nosotros o nos las ponen los demás. Otros evangelistas nos presentan una segunda condición: "Niéguese a si mismo". Aquí el Señor se refiere a un orden y a unas prioridades en la vida. No se trata de rechazar-nos cuando se nos manda que hemos de amar a los demás como a nosotros mismos, sino de superar aquellas fuerzas negativas que conducen al mal o nos impiden aquello que es mejor. Y en tercer lugar Jesús nos invita a andar en pos de Él que se repite hasta 79 veces en el Evangelio. Él nos asegura su compañía próxima y nos invita a servirlo a todas horas en los cristos visibles que son los pobres.

3.- Vale también pensar que en todos los pasajes dónde Jesús habla de renuncia, - un término que podríamos traducir por intercambio - no se refiere nunca a destrucción sino a dejar de lado ciertos valores inferiores a cambio de otros más excelentes. Es el proceso de toda educación que está hecha de renuncias a aquello que es más fácil y cómodo para obtener aquello que es más excelente y que más nos realiza como personas. Ya lo decía el filósofo catalán Balmes: “Nunca es más grande el hombre que cuando cumple su deber dominando sus más violentas inclinaciones”. Eso también sucede en la vida de la fe hasta que logremos los bienes definitivos y eternos de salvación que el Señor nos regalará. Resumiedo: 1. Lo que nos salva no es la cruz, ni el sofrimiento –no somos masoquistas los critianos-, sino el amor y la fidelidad que la cruz representa.2 Negarse no significa no amarse sino superar instintos inferiores que dificultan el amor a Dios y a los demás garantía de nuestra salvación.